

**Hoja informativa n° 102 • noviembre 2020**  
De la obra solidaria que Fratisa (Escuela Bíblica de Madrid)  
realiza en Tamahú, Guatemala

## No hay rosas sin espinas

FÁTIMA GUZMÁN

**N**o es infrecuente que, al pensar en tierras de misión, se dé pábulo a ensoñaciones donde lo bucólico se torne protagonista. Así me ocurrió a mí, durante mi niñez y mi adolescencia, trascurridas ambas en Los Ángeles (California). Aun siendo mestiza, me fascinaba el mundo indígena, donde mi fantasía me invitaba a descubrir los más puros valores de la naturaleza. Hoy me he convencido de que es mejor no amar antes de haber conocido. Sin embargo, impulsada por mi inquietud misionera, me instalé en el sur de México (Oaxaca) donde muy pronto empaticé con algunas tribus autóctonas.

Han pasado desde entonces casi treinta años y jamás me he arrepentido de lo que decidí en aquel momento. El indigenismo me ha ayudado a comprender que ninguna rosa está carente de espinas. Para valorarlo, basta ensamblar el romanticismo con el realismo, sabiendo de antemano que este último siempre acaba imponiendo su ley. Así me lo han enseñado diversas comunidades guatemaltecas, con las que llevo casi veinte años relacionándome. Y así lo he aprendido sobre todo de cuantas etnias mayas viven en la inhóspita serranía de Tamahú, cuyo idílico paisaje realza aún más las penurias de quienes lo habitan. Son sus afiladas espinas las que mejor me ayudan a aspirar la fragancia de sus rosas.

Nunca hubiera imaginado que la obra solidaria de Fratisa pudiera adentrarse hasta en los más recónditos rincones de unas aldeas y caseríos, donde el simple hecho de vivir hasta casi se antoja un lujo. No es que yo visite personalmente esas misiones, pero sí lo hago a través de nuestros colaboradores, con quienes acostumbro a mantener una fluida comunicación telefónica. Son ellos quienes me comparten las dificultades vinculadas con la pandemia, los celos de algunos aldeanos al verlos llegar, las pocas rosas y las muchas espinas con que se topan al intentar ofrecerles ayuda. Hace apenas unos días me refirieron un episodio que me reafirmó en lo que con frecuencia recalco: «Ayudar no siempre es fácil». Si alguien lo duda, que

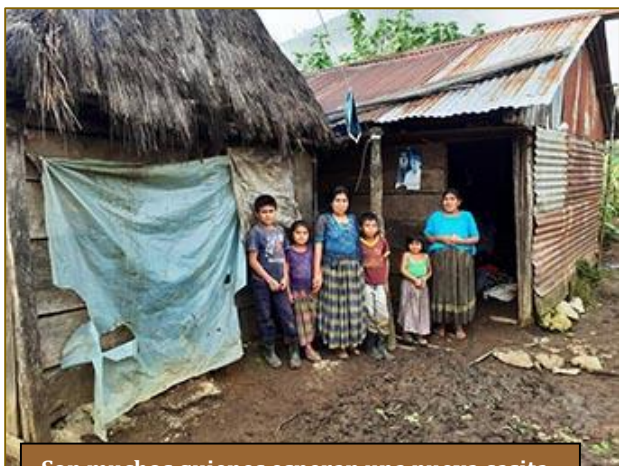


Y de mí, quién se ocupa

se lo pregunte a Margarita Chen.

Hace cosa de un mes, las Hermanas nos enviaron un video que tomaba algunas vistas a lo que pretendía ser la casa de esa señora y sus dos hijos. Presentarla como cochambrosa es casi un elogio. Con el apoyo del catequista Alfredo Chon, solicitaban a Fratisa una nueva vivienda para Margarita. Se daba el agravan-

te que su marido (Julián) lleva ya dos años en la cárcel (le quedan otros cuatro más) acusado de una supuesta violación. Cosas así, en aquellos lares suelen verse de otra manera. Por eso, decidimos ayudarla, mas no sin que presentara antes las escrituras de su terreno. Y ahí es donde comenzaron las complicaciones. No porque no tuviera escrituras. El problema era que estaban en poder de un tío suyo, a quien ella le debía cierta cantidad de dinero. Y obviamente él no estaba dispuesto a entregárselas hasta que le saldara su deuda. Bien que mal así se hizo, pues –según parece– se le ofreció a cambio un terrenito muy alejado que años antes le donara a la familia Chen un generoso finquero. Así pues, todo parecía arreglado. ¡Parecía!



Son muchos quienes esperan una nueva casita

Tardaron muy poco en saltar a la palestra la suegra y la nuera de Margarita. Y ambas, al alimón, se opusieron drásticamente a que se le construyera la casa.

¿Motivos? Se ignoran. Pero, al hurgar un mínimo en el tema, se vio que la mentada Margarita tenía sin saldar otra deuda, con cuyo dinero había intentado sacar a su Julián de la cárcel. Parece que sus intentos resultaron fallidos, pues aún continúa entre rejas.



Ellos también quisieran vivir mejor

Para colmo de desdichas, se acabó sabiendo que, de sus dos hijos, uno no era de Julián. Al resultar la escena tan rocambolesca, se vio que las opciones de Margarita no cesaban de ir en mengua. Y acabaron desplomándose, cuando el catequista, Raúl e incluso el pastor de su iglesia evangélica quemaron los últimos cartuchos en su defensa. Ello hizo, en efecto, que sus rivales se enconaran aún más. Para aumentar su presión, llamaron incluso a un hijo suyo ya adulto que vivía en un pueblecito cercano. Y es bien sabido que cuando los indígenas deciden ejercer de tozudos, acostumbran a hacerlo bastante bien. Viendo, pues, que el

litigio podría acabar en algo más que palabras, Fratisa renunció a levantar la vivienda para Margarita. ¡Ayudar no siempre es fácil!

Lo que hasta ahora jamás ha generado el menor problema es el reparto de alimentos. Una vez más las



Hna. Modesta, con una familia de Sesalché

Hermanas han hecho acopio de un admirable celo pastoral, distribuyendo casi unas cien bolsas de comida en uno de los caseríos más alejados. De hecho, para personarse en Sesalché tuvieron que hacer unas tres horas de camino, algo que para ellas casi va resultando habitual. El encuentro con la comunidad resultó entrañable, pues desde hacía unos cuatro años no recibían visitas foráneas. Al ser casi todos católicos, se sentían desatendidos. Les suplicaron a las Hermanas que no dejaran de seguir visitándoles, aunque no siempre fue-

ra para repartirles comida.

Durante el mes de septiembre no habían querido involucrarse en reparto alguno, pues todas debieron trasladarse a su casa madre para celebrar en ella su capítulo general en el que fue elegido el nuevo

equipo de gobierno. Sin embargo, me habían anticipado que en octubre se iban a reincorporar. Y así lo han hecho. Ciertamente nuestro gozo no es pleno, pues sabemos que todos los años dedican el mes de noviembre a una asamblea general, donde elaboran los proyectos evangelizadores que tratarán de activar el año próximo. Esperamos tenerlas de nuevo con nosotros en diciembre, pues –al ser un equipo de seis religiosas– están en condiciones óptimas de realizar una labor tan amplia como fecunda.

El que no cesa ni un ápice en su actividad pastoral es el P. Denis. Se muestra muy satisfecho, dado que –tras varios meses de obligado confinamiento– puede por fin celebrar de nuevo sus eucaristías. Cuando menos ha podido reactivar el culto. Las restricciones siguen afectando a la catequesis y también al comedor de niños y ancianos que había inaugurado con tanta ilusión muy poco antes de expandirse la pandemia. La última vez que nos comunicamos con él nos compartió que su trombosis sigue estable. Parece que acusó sus primeros ramalazos ya en 2005, debido a que –por beber muy poca agua– su sangre se fue espesando. Y ello facilitó la formación lenta de varios trombos que ahora le resulta difícil deshacer.



Júbilo al ofrecer las Hermanas sus despensas

Lo mejor del caso es que sus dolencias no le impiden trabajar. Lo que sí le dificultan es conducir su vehículo. Tanto que se ha visto obligado a venderlo para reemplazarlo por otro automático. Problemitas así no tienen fuerza para frenarle en su afán de seguir repartiendo cestas de víveres. Durante el mes de octubre han sido casi 150 las familias beneficiadas con una despensa. Y no precisamente en el centro parroquial sino en caseríos del todo alejados. Tal es el caso de Kaklaib y de Chinimlajom. La sola presencia del párroco siempre es celebrada con alborozo, pues sus aldeanos llevan ya tiempo camuflando con resignación su desespeo.

Tampoco nos privamos de preguntar al P. Denis sobre la buena (o mala) salud de aquellos dos burritos que, en el pasado mes de julio, él había regalado –en nombre de Fratisa– al caserío de Sesoch. He de admitir que yo albergaba serias dudas de que ambos jumentos siguieran con vida. Pues bien, estaba del todo equivocada. De hecho, me garantizó que continúan gozando de muy buena salud, sirviendo de gran ayuda a la comunidad para transportar sus mercancías. Me resulta fácil imaginar sus prestaciones, ya que la orografía de aquellos parajes es tan poética como abrupta.



El P. Denis, repartiendo alimentos

Capítulo aparte merece, como de costumbre, la labor de zapa que no cesa de realizar nuestro representante, Raúl. Amén de la pastoral de enfermos que sigue gestionando con su acostumbrada diligencia, no puedo por menos de celebrar que –a la chita callando– haya levantado ya 20 casas, de las que Fratisa se enorgullece. Tal como lo consigna en su informe, casi nunca le faltan problemas. Lo que más me admira es que, hasta el momento, siempre haya encontrado mano de obra gratuita. Y también personas suficientes para acarrear el material hasta la plataforma de la construcción. Impacta ver cómo suben las vigas y las tablas por veredas embarradas donde lo difícil es no resbalar. A nadie se le caen los anillos si ha de realizar varios viajes en un mismo día.

En un primer momento no lograba entender cómo, estando los caseríos en pleno corazón de la selva, a veces no disponen de madera para soportar la estructura de una nueva vivienda. Según se me hizo saber, la explicación es muy sencilla: algunos bosques se han quedado casi sin árboles. Cuando tal ocurre, Raúl debe ir al pueblo de Tactic para comprar algunos costales de cemento y también varias tablas para hacer con ellas los moldes. Acto seguido, todo el material es trasladado en una camioneta hasta donde termina el camino (una media hora).

Es el momento de acarrearlo a hombros durante unas dos horas y media por senderos más aptos para jumentos que para personas. Llegados al destino, se arman los moldes, se mezcla el cemento con arena, se fijan las varillas de hierro, se introduce la mezcla en su molde y así se van haciendo los pilares de hormigón. ¿Los harían de otra forma los constructores medievales? Lo asombroso es que tal técnica les funciona. Así es cómo, en un par de días, si los trabajadores responden, se levanta un nuevo hogar.

Y que Dios nos siga ayudando



Denis, mientras ayuda, también catequiza.

## Ayuda humanitaria - Octubre 2020

RAÚL LEAL

### Entrega de víveres

Según me había indicado Fátima, no se debía interrumpir el reparto de alimentos y menos aún durante estos tiempos de pandemia. Dado que, a causa del covid-19, me he visto obligado a recorrer aldeas y caseríos que antes nunca visitara, he podido comprobar que sus necesidades son mayúsculas. De oídas ya lo sabía, pero pulsarlo de cerca resulta bastante más duro. Desde luego, no es preciso ir muy lejos para toparse con la indigencia. Pero, si esta se descubre en lugares casi olvidados, impresiona un poco más. Así se lo compartí a Fátima, quien me animó a mantener el mismo ritmo, aumentando incluso el número de bolsas a repartir. Ambos estamos convencidos de que, cuanto más comida distribuyamos, más conseguiremos paliar Fratisa los estragos de la pandemia en este remoto e ignorado rincón del planeta. Puesto que «dar de comer al hambriento» es una obra de misericordia, nos solaza convertir en hechos el mensaje de Jesús.



El día en que Raúl reparte despensas

Fiel a este lema, he intentado que 104 familias en extrema necesidad sientan nuestro apoyo durante el mes de octubre. Para ello, he convocado a los 54 beneficiados con la despensa mensual que Fratisa les regala. He lanzado también una invitación a otras 50 familias del sector urbano. El reparto se ha regido por el siguiente criterio: 32 bolsas por el importe de Q150.00 y otras 22 por el costo de Q100.00. En cuanto

al sector urbano, cada bolsa ha tenido un costo de Q75.00. Así pues, el monto total de gastos ha sido de Q10,750.00. A todas las personas beneficiadas se les instruyó que tienen prohibida la venta de dicho beneficio, advertencia que ciertamente tomarán en cuenta. Para repartir los alimentos, me ayudaron Francisca (Panchi), Giovanni y Anderson. Sin su cooperación, me hubiera resultado muy complicado manejar a tantas personas.

Las ayudas humanitarias de Fratisa no quieren limitarse solo a los alimentos. También vemos que en la sierra muchas familias viven en habitáculos infrahumanos. Por eso, redoblamos los esfuerzos para seguir levantando viviendas. De momento, nuestro compromiso se cifra en ofrecer dos al mes. Que Dios nos permita mantener este listón el mayor tiempo posible.



Un antes...



...Y un después

### Casa nº 19: familia Chiquin Ichich

Esta familia, que vive en el caserío de Onquilhá, está integrada por seis miembros: Andrés Chiquin Caal (40 años) y Marta Elena Ichich Maas (40 años). Tienen cuatro hijos: Alvenio Erick (12 años), Anderson Amílcar (9 años), Fanny Carminia (8 años) y Ambrosio Evandro (9 meses).

Se trata de una familia de muy escasos recursos. Desde un primer momento la inscribí en mi listado para el reparto de alimentos. El segundo de sus hijos (Anderson) desde hace tiempo nos acompaña todas las semanas a Fundabiem, cuyas terapias que le ayudan a seguir viviendo. Está diagnosticado de distrofia muscular, siendo sus expectativas de vida no superiores a los 13 años de edad. Y el último vástago de la familia (Ambrosio Evandro) está también inscrito en nuestro programa de leche pediátrica.

Es digno de admirar el interés de Andrés y Marta Elena para que su pequeño Anderson reciba toda clase de atenciones. Durante cierto tiempo el P. Felipe y yo nos turnábamos para irlo a recoger hasta su misma aldea, a la que solo se puede acceder con un todoterreno. Cuando el P. Felipe ya no pudo hacerlo, se contrató un vehículo de doble tracción que lo recogía y lo regresaba. Viendo que esto suponía un gasto muy fuerte, se buscó otra alternativa. Y, a partir de entonces, para ir a las terapias, su hermano mayor (Alvenio) lo baja a hombros hasta donde nuestra furgoneta lo pueda recoger. Y la vuelta se hace



Anderson (segundo izquierda) se muestra complacido

lo mismo solo que al revés. El pobre niño tiene los músculos tan endeble que apenas logra sostenerse en pie. Según me refiere su mamá, si deja de tomar las medicinas, deja también de comer.

Si bien se les había inscrito como candidatos a una nueva vivienda, solo se lo notifiqué a comienzos de octubre, tras repartir los alimentos en los locales de Asumta. Su alegría resulta fácil de imaginar. Aunque



Transportando el material

–desde bastante antes– me sobran ganas de complacerles, era muy consciente de los problemas con que nos íbamos a encontrar. De hecho, hace ya meses que están pavimentando la carretera que lleva a su aldea. De ello se infiere que, mientras no se terminen las obras (van para largo), quedará cortada, con lo que resulta imposible trasladar el material desde Tamahú hasta Onquihá. Lo estuvimos analizando con calma, llegando a la conclusión de que era obligado conseguir la madera en otra comunidad ubicada allende los trabajos de pavimentación. Vimos que eso, aunque no fácil, era factible. Pues bien, a la hora de decidir, convinimos que Andrés adquiriera la madera en esa comunidad, siendo yo quien después iría a pagarla. Ellos deberían poner por su parte 20 láminas, los capotes y los clavos de diferentes medidas. Y sin más, nos pusimos en marcha.

Yo de antemano sabía que, para esta construcción, no podría contar con mis amigos pancojenses. Y así se lo hice saber a Andrés. A la hora de

buscar cooperación, me dirigí a Antonio, el padre de Josué Andalecio, a quien Fratisa ayudó para que pudiera ser operado de su ojo. Aunque en ningún momento le exigí nada, el bueno de Antonio se comprometió a aportar su mano de obra mientras durase la construcción. Por su parte, Andrés contrató a dos trabajadores. Y su suegro también se ofreció como voluntario. Pues bien, todos, una vez que el material estuvo disponible, nos pusimos a preparar el terreno para acto seguido dar comienzo a la construcción. Me da mucho gusto constatar que, de una forma u otra, siempre encontramos ayudas.

Techando una casa



Sé muy bien que en los caseríos serranos no suelen faltar rencillas. Pero tampoco ignoro que muchas personas hacen en ellos gala de un extraordinario espíritu solidario. Con él y unos días de trabajo a destajo, conseguimos levantar la casita. Dicen que la práctica hace al maestro. Sin presumir de profesional al respecto, puedo garantizar que cada vez le tomamos mejor el pulso a la construcción de unas viviendas en las que se podrá vivir con un mínimo de confort.

Al entregarles su nueva morada, reuní a toda la familia. En primer lugar, recitamos juntos una oración. Acto seguido, les hice las recomendaciones de rigor, resaltándoles que todo se lo deben a Dios que no se olvida de los más pobres, y también a Fratisa que ofrece su apoyo económico. Aunque Andrés no

pudo estar presente por tener otro compromiso, su esposa Marta Elena –venciendo por momentos su timidez– lo agradeció de corazón. Y más al recordar cómo el año pasado una ventolera echó a volar las láminas de su covacha, obligándoles a pasar parte del invierno casi a la intemperie. No se olvidó de agradecer a Fratisa su generosidad. Todos ellos veían su nueva vivienda cual si fuera un casoplón.

### **Casa nº 20: familia Xol Tipol**

Esta familia está integrada por siete miembros: Ventura Xol Cuc (papá) y Romelia Tipol Xoy (mamá). Sus cinco hijos: Cornelio Alexander, Zulmy Leticia, Wilson Oswaldo, Vicky Mariselda y Enma Estela. Los tengo inscritos como beneficiarios de una despensa en el reparto mensual de alimentos. Su humilde vivienda se encuentra ubicada en el caserío de Panzub. Está cubierta de nylon para que las bajas temperaturas nocturnas no se filtren, pues se halla a una altura aproximada de 2.100 metros. Desde



La cuadrilla de trabajadores

Tamahú, para llegar hasta allá, se debe ir en vehículo unos treinta minutos y después ascender unas dos horas por caminos de vereda. El esposo Ventura se dedica a la venta de leña, a trabajos agrícolas esporádicos y también a laborar como porteador (traslado de madera de trocillo pino desde áreas forestadas). La familia es dueña de su terreno.

Fiel a mi estrategia, tampoco a ellos les había anticipado que en octubre recibirían su nueva casita. Fue, tras el reparto de despensas, que les hice partícipes de esa noticia, para ellos sin duda excepcional. Aun sin ser muy expresivos, todo su rostro se les iluminó. A los dos. No salían de su asombro.

Tras el inevitable momento de júbilo compartido, comenzamos a planificar estrategias. Cierto que cada casa tropieza con problemas. Pero los que se presentaban en Panzub eran de pronóstico reservado. Y es que allí no hay madera para los pilares y las vigas. La tala descontrolada ha dejado todo su terreno sin árboles cuyos troncos tengan el grosor y la consistencia requeridos. Eso todos los sabíamos. Pero,

aun así, a la hora de tomar decisiones, nos acosó la perplejidad. No sabíamos qué hacer. Como es obvio, tardamos poco en encontrar solución. Deberíamos preparar unas vigas de concreto (hormigón) para lo cual era indispensable comprar el cemento. ¿Dónde? Lo vendían en Tactic. Pues bien, hasta allá (media hora en vehículo) tuve que personarme yo para adquirir los bultos de cemento, el hierro y el maderamen. Como ya tenía pensado hacerlo así, no puse la menor objeción.

¿Cómo trasladar todo ese material desde el borde de la carretera hasta el caserío de Panzub? Eran más de dos horas de pura subida por veredas casi intransitables. Así se lo expuse en su momento a mis amigos de Pancoj. Muy pronto hallaron la solución. En el día que se conviniera, toda la comunidad (chiquillos incluidos) bajaría, cual si fuera a una romería, para ofrecernos su trabajo. Así se pensó y así se hizo. En tres vehículos previamente contratados, tanto el material como las personas –casi al rayar el alba– nos encaminamos hacia Panzub. El problema era la subida. Ellos se la tomaron con humor. No les importó hacer tres viajes (dos horas de ascenso cada uno), cargados con el material. Aunque los conocía



La nueva casa para la familia Xol Tipol

muy bien, aluciné viendo cómo en ningún momento se les doblaba el espinazo. Como yo de antemano había pedido los permisos pertinentes tanto a la policía como al dueño de la finca que debíamos atravesar, no tuvimos que afrontar ningún contratiempo. Con bastante esfuerzo y muchas chanzas, celebramos que toda la carga estaba ya frente a la chocita de Ventura. Pues bien... ¡a trabajar!

La jornada resultó gratamente dura. Éramos tantos trabajadores que la obra avanzaba con celeridad. Los panes y los refrescos, así como el café que no cesaba de ofrecernos

Romelia, atemperaban nuestro cansancio. Ya por la tarde, estando el sol casi en su ocaso, dimos por finalizada la labor. El avance había sido notorio. El resto lo finalizaría después el grupito de Panzub. Nosotros, tras despedirnos de la familia, iniciamos el descenso. Al rato se nos echó encima la noche mientras atravesábamos la finca, en cuya entrada nos esperaba un enrabietado perro guardián. Menos mal que el vigilante, al estar ya advertido, lo ató al oírnos llegar, evitándonos más de un sinsabor. Como el vehículo nos esperaba cerca, ya en plena noche llegamos a Tamahú. A cada uno lo agasajé con un pollo rostizado. Pero, para asombro mío, lo metieron en sus mochilas, pues les urgía ir antes a no sé dónde para celebrar un acto religioso. Verlo para creerlo. Tras un día casi interminable de trabajo agotador, a mis amigos pancojenses aún les quedaban fuerzas para asistir a una liturgia. Con el agravante de que, para regresar a Pancoj, tendrían que ascender durante otras dos horas y media a través de pura selva. Salvo Dios, me pregunto si alguien lo entiende.

Unos días después (26 de octubre), subí de nuevo a Panzub, viendo con complacencia que Ventura y su cuadrilla habían finalizado con éxito la construcción. Hicimos solemne entrega de la vivienda, quedando toda la familia transida de gratitud.

Ya descendiendo, me decía a mí mismo: «Tengo la impresión que Dios nos protege». Y es que, sin su ayuda, resulta difícil entender que pueda hacerse tanto en tan poco tiempo.

Fratista ya ha levantado 20 casitas. ¡Por ahora!

## Pastoral de enfermos - Octubre 2020

RAÚL LEAL

### Discapacitados: Fundabiem

Una vez más debo reseñar que nuestros discapacitados siguen el ritmo de sus terapias en Fundabiem. Más aún, tras las restricciones debidas a los confinamientos, parece que ya se está recobrando la normalidad y nuestros once pacientes reciben su debido tratamiento. Me sorprende comprobar que nadie suele faltar a la hora de trasladarnos a Cobán. Se ve que se ha establecido ya una rutina y todos se ajustan a ella. Antes era menos fácil mantener la disciplina. Entre los indígenas, se impone tener gran dosis de paciencia. Solo así se logra que un proyecto como el nuestro acabe echando raíces.



Uno de nuestros pacientes a la espera de ser atendido

Me ha sorprendido gratamente el caso del niño Jimmy Alexander Cahuec Bol. De repente se le presentó una enfermedad por cuyo motivo los doctores decidieron que interrumpiera su tratamiento terapéutico. Así se hizo. Mas, tan pronto como logró su recuperación, el niño estaba ya ansioso de reanudar sus terapias. Se incorporó de inmediato y así apenas le ha afectado la interrupción. Recuerdo otros casos anteriores en los que, al interrumpirse la rutina por alguna enfermedad o problema familiar, costaba bastante recuperar el ritmo. Ahora veo que todo funciona mucho mejor. Debo asimismo con-



Visitando a los enfermos

signar que en estos últimos días se ha incorporado una nueva paciente: Idalia Claudina Ichich Cahuec.

Quiero también señalar que, en diversas ocasiones, se llevó al joven César Amílcar Quej Caal al hospital del IGSS (seguro social), por tener cita a causa de las complicaciones derivadas de una úlcera que ameritaba asistencia médica.



Con leche pediátrica crece más sana la niñez

### La tragedia de Emilio Bol

En mi informe del pasado agosto les comuniqué cómo entonces – por indicación expresa del P. Felipe– decidí personarme en la vivienda de Emilio Bol (74 años), pues acababa de sufrir un derrame que le había dejado hemipléjico, sobre todo a nivel facial. Al ver cuán lastimosa era su situación, le trasladé de inmediato al hospital de Cobán. Pero allí no lo pudieron recibir, pues tenían orden expresa (efectos del covid-19) de admitir a consulta solo a personas menores de 60 años. Se nos aconsejó que se cuidara mucho en su casa y guardara bastante reposo. Y, una vez terminadas las restricciones, le

atenderían con todo gusto. Recuerdo incluso que, al regresar juntos, le aconsejé que chupara con frecuencia un chicle, pues veía que una sección de su rostro parecía con ganas de momificarse. Emilio siguió en su vivienda a la espera que el hospital pudiera aplicarle el debido tratamiento. Pero fue en este intervalo cuando ocurrió la tragedia. Desde siempre, Emilio –cuya vivienda se encontraba junto al río– acostumbraba a hacer en él sus necesidades fisiológicas. Algo por lo demás bastante normal entre personas de muy escasos recursos. Pues bien, en una de las ocasiones, se resbaló, se cayó, le arrastraron las aguas y se ahogó sin más. Por supuesto que se trata de una desgracia de la que a nadie se puede culpar. Pero esa una consecuencia más de vivir en extrema pobreza. La tragedia ocurrió a principios de octubre. Una oración por Emilio.



Encaminándose a Fundabiem

### El flujo de la vida: unos mueren y otros nacen

Era domingo. Me hallaba yo caminando por unos remotos andurriales, cuando de repente recibí una llamada telefónica de Fernando, uno de los hijos de D. Antonio, el líder (cocode) de Pancoj. Dado que toda la comunidad me tiene mucha confianza, al verse en un apuro, no dudaron en acudir a mí. El problema era muy simple. La esposa de Fernando había entrado en los dolores de parto. Y, al sentirse en gran dificultad, tuvieron que agenciárselas (no sé cómo) para trasladarla de inmediato al hos-

pital de Cobán. Allí se le practicó con urgencia una cesárea, salvando a los dos protagonistas de una muerte casi segura. El niño nació, pues, sano y salvo. Afortunadamente, todo había salido bien. ¿Por qué me llamaban? Sencillamente, por lo que sucedió después. De hecho, una vez finalizado el parto, todos debían abandonar el hospital. Y ocurrió (eso no es infrecuente entre ellos) que hasta entonces se percataron de que no tenían dinero alguno para costear su transporte de regreso. Así me lo estaba explicando Fernando por teléfono. Percibí de inmediato que su apuro era auténtico.

Sin pérdida de tiempo, bajé hasta mi casa y en mi vehículo me trasladé al hospital regional de Cobán, donde todos ellos me estaban esperando ya con bastante inquietud. Con sumo gusto les ayudé. Pero no llevándolos hasta Pancoj, pues no hay camino para los vehículos. Tuve que dar un considerable rodeo, llegando a Purulhá para, desde allí, acercarlos hasta la comunidad de Eben Ezer que queda ya cerca de Pancoj. Experimenté muy honda alegría al ver cómo iban bajando felices con su nuevo retoño en brazos. Pancoj iba a contar, a partir de ese momento, con un nuevo ciudadano. El flujo de la vida.

Al escribir sobre Pancoj, me viene a la mente el caso de los ya famosos Ramones. No es que ellos vivan allí, pero sí relativamente cerca. Su casa está escondida en el bosque y no hay sendero alguno que lleve hasta ella. Pero quiero compartirles que cuantas veces tengo preparada una bolsa de víveres para personas necesitadas, allí se presentan los dos Ramones. ¿Cómo se enteran? Que responda Dios.

### Intervención quirúrgica en hospital de ojos

Hace ya casi un mes que Antonio, de la comunidad de Onquilhá, vino a buscarme y me expuso el problema de su hijo, Josué Andalecio. Este, jugueteando con unas ramas, tuvo la desgracia que saltara una astilla y se le metiera en un ojo. Aunque al principio no se le dio importancia, la hinchazón hizo saltar las alarmas. Tras consultar al médico, se vio necesario llevarlo al hospital de Cobán. Y eso era exactamente lo que me estaba pidiendo Antonio.



Josué Andalecio y su papá

Tras intentar tranquilizarle, le dije que sin problema alguno lo llevaría al nosocomio. Y así lo hice, en efecto. El oftalmólogo, que lo examinó con sumo cuidado, nos dijo que la astilla le había roto la membrana que cubre la superficie ocular. Si no queríamos que el niño perdiera su ojo, aconsejaba una rápida intervención quirúrgica. Después de recorrer varios despachos y rellenar no sé cuántos formularios, se



Fidel, enfermo y en compañía de su familia

llegó a la conclusión de que, al ser la familia de muy bajos ingresos, se le haría la intervención por un precio módico: Q1.300.00 (=150 €). Nos pareció muy razonable. Pero, antes de dar más pasos, consideré procedente llegar a un acuerdo previo con el papá del accidentado. Y sin ninguna dificultad convinimos que Fratisa abonara el precio de la intervención, pero él debería hacerse cargo de los gastos ocasionados por el proceso posoperatorio (medicamentos incluidos). Fue el 15 de octubre cuando se intervino al niño, el cual se encuentra ya casi restablecido.

En el transcurso de este mes, se han entregado también bastantes medicamentos. Incluso las Hermanas nos remitieron a algunos pacientes, solicitando que abonáramos el costo de sus recetas. Las medicinas más caras son obviamente las de los epilépticos. Pero tenemos muy claro que solo con ellas podrán mantener una buena calidad de vida. El programa de leche pediátrica continúa afianzándose. Para sintetizar las actividades del presente mes de octubre, me parece orientador el siguiente recuadro:

#### RESUMEN

DESCRIPCION	TOTAL	
Discapacitados	11	Asisten a Fundabiem
Epilépticos	10	Atendidos y medicados
Oftalmología	01	Josué Andalecio
Compra de medicina oftalmológica	02	Josué Andalecio
Cirugía de oftalmología	01	Josué Andalecio
Traslado de pacientes a hospitales	03	Carlos y nuera de Don Antonio
Leche pediátrica	09	Niños
Extracción de piezas dentales	03	Dos pacientes
Pago de recetas	04	Pacientes con receta
Otros	05	Medicinas y hospitales

## Tañendo la campana

EMILIO ÁLVAREZ FRÍAS

**N**o podíamos olvidar, el pasado mes de octubre, la conmemoración de la fecha en la que tuvo lugar el descubrimiento, por Cristóbal Colón, gracias al empeño de la Reina Católica, de un mundo nuevo desconocido en Europa en aquellos años de 1492.

Como sabemos, del puerto de Palos de la Frontera (Huelva) salieron las carabelas un 3 de agosto arribando el 12 de octubre, dos meses y nueve días después, a una tierra desconocida en la pretensión de llegar a la India por una nueva ruta. Pero no, aquel día mágico toparon con la isla

Guanahani, que abriría las puertas de todo un continente. Allí, pues, empezaba el mayor descubrimiento de todos los habidos en la tierra, y el contacto con los aborígenes que, pasado el tiempo, irían mezclándose con los españoles, creando una raza que el filósofo y académico mejicano, José Vasconcelos, calificaría de cósmica.



Con la morriña del recuerdo de cuando esta fecha se celebraba profusamente en España y el resto de los países de la Hispanidad, nos acercamos al Monasterio de la Rábida, de padres franciscanos, donde rezamos con ellos por todo lo que representa el descubrimiento y por la raza cósmica con la que Fratisa se ha hermanado como lo hicieran aquellos descubridores, conquistadores y colonizadores.

**Si quieres hacer una aportación periódica, te sugerimos nos envíes el boletín adjunto, una vez relleno con tus instrucciones, y Fratisa enviará un recibo contra tu cuenta corriente con la periodicidad e importe que nos indiques.**

Nombre \_\_\_\_\_ Teléfono fijo \_\_\_\_\_  
Móvil \_\_\_\_\_ Fax \_\_\_\_\_ Correo-e \_\_\_\_\_  
Dirección \_\_\_\_\_ n° \_\_\_\_\_ Piso \_\_\_\_\_  
Localidad \_\_\_\_\_ CP \_\_\_\_\_ Provincia \_\_\_\_\_

Cuota de socio \_\_\_\_\_ € (mínimo 10 € mes)

Nº de cuenta Iban: ES \_\_\_\_\_

Cuota:  Mensual;  Trimestral;  Semestral;  Anual;  donativo único

Titular de la cuenta \_\_\_\_\_

**También puedes hacer tu donación ingresando en la cuenta abierta a nombre de Fratisa en Deutsche Bank, Bravo Murillo 359, de Madrid**

**Iban ES27.0019.0353.5440.1004.1772**